

1

23 B (33-18)

LA

# BRISA DE CHILE

PERIODICO LITERARIO DE LA JUVENTUD

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS, MUSICA, VARIEDADES

CON ILUSTRACIONES TRIMESTRALES DE

DE RETRATOS I VISTAS FOTOGRAFICAS

Número suelto, 10 centavos.

SAN FELIPE

OFICINA DE "LA BRISA DE CHILE"

Plaza de la Independencia, No. 53.

1875

6824

En otra ocasion trataremos enteramente la importante cuestion para que habeis solicitado nuestro concurso: la educacion superior de la mujer.

Santiago, diciembre 7 de 1875.

LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

NOTA.—Depues de terminado este artículo, al mandarlo al correo, hemos leido con indecible entusiasmo, un brillante discurso pronunciado por el señor Dávila Larrain en la reparticion de premios de la escuela de artesanos. Nuestros calorosos aplausos al señor Dávila Larrain i Uds., SS. EE., ya lo ven, los obreros aumentan.

UTILIDAD

DE LOS PERIODICOS LITERARIOS.

Si hai algo que signifique adelanto, algo que propenda al progreso i civilizacion, ese algo es sin disputa alguna: el *periódico literario*.

El es en verdad el mejor amigo, el mejor consejero del hogar doméstico.

Un *periódico literario* es uno de los mas aventajados campeones del progreso, el primer centinela que da el grito de alerta a la juventud que parece estar *in statu quo*, que parece dormir en un profundo sueño letárgico.

Un *periódico literario* a la vez que instruye, agrada, i a la par que entretiene, acostumbra al trabajo intelectual.

Repite el inmortal precepto de Horacio, de unir "lo útil a lo agradable."

Por eso nosotros no podemos ménos de aplaudir con toda la efusion de nuestro corazon la hermosa idea que la juventud de San Felipe ha realizado: la de fundar un *periódico literario* con el simpático título de LA BRISA DE CHILE.

El *periódico literario* va al hogar doméstico a dar al espíritu ratos de dulce expansion i alegría.

El llena un inmenso vacío que se hace sentir: el de dedicarse a la lectura el dia domingo.

¡El domingo! cuán triste es para una niña el quedarse sin salir en este dia. Su tristeza solo puede desecharla con la lectura.

Pues bien, ese vacío, lectoras, que encontráis el dia de fiesta, puede solo llenarle el *periódico literario*.

Deseamos que LA BRISA DE CHILE lleve en sus aras agradables consejos e instruccion a los jóvenes, i consuelos a los desgraciados.

¡Ah! i vosotras lectoras, vosotras que dedicais el dia de fiesta a la lectura, leed LA BRISA, ispiraos en alguna de sus composiciones, imitad el ejemplo de sus colaboradores, i en seguida mandad e ella sin temor las creaciones de vuestra mente.

S. M.

FOLLETTIN.

LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

A MI QUERIDA PRIMA

ENRIQUETA SOLAR UNDURRAGA.

Permitidme, prima mia, que mi voz vaya a sorprenderte en medio de tu retiro, dedicándote esta leyenda.

Reconociendo tu entusiasmo por las letras, he querido poner bajo tu amparo mi modesta produccion.

Aislada, casi sola en el camino movedizo i escabroso de la publicidad, busco almas que, amantes como yo, del progreso literario de nuestro pais, acojan con benevolencia cualquier esfuerzo hecho en este sentido. Vengo, pues, a reclamar de tí una palabra de aliento, que estoi cierta no me rehusarás.

Si tú quisieras, podías hacer mas todavía: acompañarme en este áspero sendero. Tu clara intelijencia te da derecho para cruzar con paso firme i seguro esta senda espinosa i difícil.

¿Te falta, acaso, arrojo para lanzarte en los espacios borrascosos del dominio público? Si las que teniendo, como tú, talento e ilustracion, no son bastante atrevidas para afrontar estas borrascas, jamas la mujer llegará a ser en Chile sino lo que ha sido hasta ahora: un humilde satélite del hombre. ¡Animo, pues; adelante!

Tu prima que te ama.

LUCRECIA.

En el camino que conduce de la Ligua a Illapel, entre los Molles i Quilimarí, hai un lugar solitario i agreste que se llama Los Ermitaños. Este nombre abraza un espacio de tres leguas, que se recorre sin encontrar en el tránsito ni una sola habitacion; una faja de terreno árido i seco, estrechada por el mar i por cerros elevados i pedregosos.

Parece que los hombres i los animales hubieran estado de acuerdo para abandonar este pedazo de tierra místico i amarillento: hai una ausencia completa de la vida animada; ni el grito del campesino que busca el animal extraviado, ni el mujido del toro selvático, ni el melancólico valido del cordero interrumpen jamas el profundo silencio que ahí reina.

La soledad, con todo su séquito de misterios i tristezas, es la soberana absoluta de este yermo paraje.

Los alados habitantes del aire, que alegran siempre con sus sonoros trinos los apartados lugares, tambien han huido, quizás con espanto, de este lúgubre sitio. Jamas el canto suave

i melodioso de la avecilla toma su aliento en la brisa pesada que ahí se respira.

Solo el lento i monótono ruido de las olas viene a turbar el inalterable reposo de este asilo de la naturaleza callada. Esos rumores sordos i lejanos repetidos a intervalos, acompañados i fijos, sobrecojen el alma, que se siente oprimir por un vago e indefinible sentimiento de angustia.

La vegetacion de estos lugares es salvaje i mezquina. Se compone de árboles como el litre, cuya sombra es fatal para el viajero que se acoge bajo su tupido ramaje; el paigüen, el boldo, el palo colorado i otros arbustos propios de los terrenos secos i arenosos. Esta vegetacion, escasa i sombría, presta un aspecto austero i solemne a Los Ermitaños.

Grandes peñascos, de formas caprichosas i fantásticas, contribuyen con su eterna inmovilidad a realzar este aspecto.

Son precisamente las formas de estas masas de granito las que, miradas con detencion, despiertan el interes del que las contempla.

Todo viajero que atravesase este camino, por mui indiferente que sea a la contemplacion de la naturaleza campestre, por mui ocupada que lleve su imaginacion con el recuerdo de la vida ajitada i tumultuosa de las ciudades, no dejará de fijar la mirada, con mas o ménos atencion, en el pedazo de terreno que nos ocupa.

La configuracion de dos grandes peñascos, de los infinitos que ahí se encuentran, atrae particularmente la atencion por su semejanza sorprendente a figuras humanas. Uno de estos peñascos semeja una mujer arrodillada bajo un inmenso manto que la cubre enteramente, i el otro un fraile capuchino o ermitaño, tambien arrodillado i con la capucha de su hábito echada sobre la cabeza.

Esta última figura es la que ha dado el nombre al lugar: debia llamarse El Ermitaño, pero con el tiempo i la costumbre ha venido a ser Los Ermitaños, por una corrupcion del lenguaje.

Nosotros hicimos la travesía de la Ligua a Illapel hace pocos dias, i aunque no era esta la primera vez que atravesábamos este camino, es lo cierto que, talvez por una especial disposicion de nuestro ánimo, fijamos con mas insistencia que nunca nuestras miradas en El Ermitaño. Nos sorprendimos de no haber notado en otras ocasiones la admirable semejanza que existe entre estas moles i las figuras humanas a qué nos hemos referido.

De tal manera impresionó nuestra mente, esto que llamaremos un capricho de esa eterna i sublime creadora que se llama Naturaleza, que nos parecia absolutamente imposible encontrar alguna razon, algun motivo que nos explicara lo que teniamos a la vista.

Bajo la influencia de esta idea llegamos a la aldea de Quilimarí, i como era natural, hablamos de nuestra preocupacion, tratando de

averiguar si habria alguna tradicion, alguna leyenda que completase el cuadro que veniamos de contemplar.

Nuestras averiguaciones no fueron infructuosas, i es la tradicion de Los Ermitaños la que nos proponemos narrar hoi.

Vamos a contar a nuestros lectores una historia interesante i patética, que servirá en adelante para llenar el vacío de los que, como nosotros, contemplan Los Ermitaños, buscando por intuicion, por lójica, una explicacion a los fenómenos de la naturaleza.

Al hacer esta narracion, no nos atrevemos a garantizar su autenticidad; sin embargo, la fuente de donde la hemos recojido es el manantial mas puro de esta clase de tradiciones: el pueblo, representado por un anciano venerable i sencillo.

I tanto los vecinos de Quilimarí como todos los habitantes de las cercanías, creen en ella con toda su alma.

En cuanto a nosotros, confesamos que habia tal uncion en el anciano que nos la ha referido, su lenguaje era tan persuasivo, sencillo i tierno, que acabamos por creer tambien. Tan cierto es que la fé, como todo sentimiento, no se prueba, se inspira.

Era allá por el año de 1650, mas o ménos, en una noche tempestuosa del mes de julio. La lluvia caia a torrentes. El aterrador estampido del trueno resonaba en los aires, a intervalos que cada momento se hacian mas cortos; precedido de la fugaz i rojiza luz del relámpago, que venia a romper con su siniestra claridad las espesas tinieblas que un cielo cargado de nubarrones negros hacia completamente densas.

El viento norte, tibio i grueso, soplaba con furor.

Habia lo que se llama entre nosotros una tempestad deshecha.

En la media noche, una caravana de indios, que venia de la Serena, hizo alto en un miserable rancho del valle de Quilimarí, aldea que, como hemos dicho, está mui cerca de Los Ermitaños, i que en aquella época era un pobre monton de chozas agrupadas a las márgenes de un pequeño riachuelo.

(Continuará.)

A LAS COLABORADORAS  
DE  
**LA BRISA DE CHILE**  
EN  
SANTIAGO, VALPARAISO I LA SERENA.

Damos en primer lugar las mas expresivas gracias a las dignas señoritas i poetisas de Santiago, Valparaiso i La Serena que con sus enérgicas cuanto entusiastas palabras se han servido alentarnos en la hermosa idea de bajar por la ilustracion de la mujer i desper-

## SUMARIO.

El lujo i la moda, por Rosario Orrego de Uribe.—El Cristo de la Agonía, por Ricardo Palma.—Señora doña Lucrecia Undurraga de S., por Enriqueta.—Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuación).—Carolina, por Ruperto Marchant Pereira.—Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

## EL LUJO I LA MODA.

¿A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno i que si no se le pone remedio pronto, mui pronto, amenaza nada ménos que disolver sus vínculos mas sagrados? Talvez a primera vista parecerán exajeradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicado con relijiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia i autorizado para decir a los escritores en jeneral i en particular aquellos que escriben para el teatro:—Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponéis vuestra intelijencia i todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un jiro tal que ataque de frente i destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura de brillar por el lujo, oríjen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar i por consiguiente para la sociedad.

¡Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas excepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos i hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado i de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aun pueden las mujeres alegar la natural inclinacion de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gustan tanto mas cuanto ménos lujosamente ataviadas se presentan.

Luego el lujo no es, pues, mas que un sentimiento de loca disipacion, una vanidad que las arrastra, no a parecer mas hermosas, sino a parecer mas ricas para los demas. I esto es mui cierto. ¡Cómo han de creerse mas hermosas con un vestido que les cuesta la tela cien pesos, por ejemplo, la que cubierta de adornos i puesto el traje en la persona con su respectivo sombrero sumará sus doscientos largos! I esto es un solo vestido, uno, i no mui rico por cierto.

Verdad es que hai señoras de alto tono, lo que quiere decir de fortuna, que adoptan un modo de vestir adecuado a sus grandes rentas i a su jénero de vida; pero ¿es preciso que las que no tienen aquellos recursos ni pueden llevar la misma vida adopten el mismo modo de vestir? Pues sí señor; no hai remedio: así lo exige la moda, esa bella tirana, i por consiguiente la familia de un empleado que gana a duras penas con que vivir, ha de ponerse el mismo sombrero i usar la misma bota de taco imperial, cueste lo que cueste, que la opulenta señora o la hija del banquero. I para probar el imperio de la moda no tenemos mas que indicar esa magnífica redondez que se dan las mujeres de la espalda para abajo, convirtiendo esa parte del cuerpo en una especie de perilla de campanario o en cualquiera cosa que no sea la graciosa i delicada forma de un cuerpo de mujer.

Algunos, inclinados a pensar mal, suponen que las poco favorecidas por la naturaleza i las contrahechas, son las autoras de todas esas extravagancias, incluso la de arrastrar una vара de cola por el suelo.

Esto no podemos creerlo, porque vemos a las jóvenes i a las hermosas usar con el mismo entusiasmo el postizo i encopetado moño, i el mismo tontillo que usan sus mamás i sus abuelas; vemos a la alta lo mismo que a la baja llevar el taco de una cuarta; vemos a la de lindos i diminutos piés usar el traje tan arrastron como a la que tiene feos i mal formados cimientos. Esto nos induce a creer que lo que las impulsa a todas es el imperio de la moda i el amor al lujo.

Mas hasta aquí solo hemos hablado a la lijera del lujo i de la moda; la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo grave, lo penoso está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo se liga i cada antecedente trae su consecuente, cada gasto supérfluo i fuera de los alcances del bolsillo trae enlazados otros cien gastos. La suma de estos gastos representan al fin del año o de unos años la ruina o el deshonor de las familias; poco a poco se va contrayendo el hábito de gastar mas de lo que se tiene.

Empeñado ya el amor propio en sostener una posicion superior a los recursos con que lícitamente cuenta, hai que echar mano de medios forzosos: de aquí en unos esa fiebre de luero a toda costa que ahoga todos los buenos sentimientos i todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, espatriaciones forzosas, incendios misteriosos, etc., etc. En todas estas maldades bien puede asegurarse que la pasion del lujo entra como el móvil i oríjen principal de cada diezinueve en los veinte casos.

Pero su *Cristo de la agonía* estaba terminado.

## IV.

Este fué el último cuadro de Miguel de Santiago. Su sobresaliente mérito sirvió de defensa al artista, quien, despues de un largo juicio, obtuvo sentencia absolutoria.

El cuadro fué llevado a España.

¿Existe aun o se habrá perdido por la notable incuria peninsular?

Lo ignoramos.

Miguel de Santiago, atacado desde el dia de su crimen artístico de frecuentes alucinaciones cerebrales, falleció en noviembre de 1673, i su sepulcro está al pié del altar de San Miguel, en la capilla del Sagrario.

RICARDO PALMA.

---

SEÑORA DOÑA LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

---

Un vivo sentimiento de gratitud, prima querida, mezclado de orgullo, me ha dejado la dedicatoria de los *Ermitaños del Huaquen*, tu nueva produccion. Es mucho honor para mí la hayas colocado bajo mi débil amparo, no siéndote de ninguna manera necesario, puesto que sin él has obtenido un éxito completo en tu carrera literaria, con tanto brillo iniciada.

La palabra de aliento que me pides, amada Lucrecia, será excitarte a que sigas adelante en esa espinosa, pero florida senda, sin que te arredren los obstáculos que la dificultan. Tú, que con tanta valentía te lanzaste a ella en tus bellos ensayos sobre la rejeneracion social de la mujer, ¿habias de detenerte despues de un paso tan atrevido?

Me invitas a que te siga en ese camino, i yo bien quisiera acceder a tu deseo, pero confieso que tengo miedo; sí, me falta el valor necesario para desafiar los sarcasmos, las burlas, las censuras de la sociedad, siempre severa con la mujer que sale de la esfera comun.

Ademas, yo no me creo con bastante talento, ni suficiente instruccion para aventurarme—imitando tu feliz espresion—en el mar borrascoso de la publicidad. No soi sino una aficionada, que ha tocado tan solo el pórtico del templo de las letras.

Mi existencia ha jirado en una órbita tan estrecha, son tan limitados los horizontes que he tenido a la vista, que mi imaginacion no ha podido tomar vuelo, ni me ha sido posible tampoco adquirir el conocimiento práctico de las cosas, indispensable para escribir con algun acierto.

No he hecho estudios sobre nada. He leído muchos libros, es verdad; pero he devorado sus pájinas con la rapidez del pensamiento, sin detenerme en hacer reflexiones ni deducir consecuencias, i por lo tanto no he sacado de ellos todo el provecho que debiera. La lectura

ha sido únicamente para mí una distraccion en mi vida solitaria, un consuelo en mis pesares.

Así, pues, jamás he pensado en escribir para el público, i si alguna vez me resolviese a ello, lo haria solo cediendo a tu impulso. En esta hipótesis lejana, ¿cuál seria el tema de preferencia que adoptar? Yo misma no podria decirlo, pues aun no lo he pensado.

Pero puedo afirmar desde luego que las cuestiones sociales i políticas serian escluidas. Con relacion a las primeras, soi algo optimista para predicar la reforma en este órden; todo lo miro a traves de un prisma que me presenta el lado bueno i me oculta el malo; i en cuanto a las segundas, las detesto: ellas son el oríjen frecuente de discordias, que tienen por fruto la calumnia, el odio, la venganza, todas las viles pasiones, en fin. Por otra parte, la mujer en Chile no está aun llamada a tomar iniciativa en la cosa pública; cuando tengamos instituciones tan liberales como en los Estados Unidos, habrá llegado su hora.

El jénero de mis simpatías es el sentimental; mas yo no imitaria a esas escritoras románticas, que se divierten en hacer el análisis de su propio corazon; que hacen al universo confidente de sus penas, echando a volar a todos los vientos sus íntimos secretos: revelar el sentimiento es profanarlo; el corazon, a la vez que el foco donde nace, debe ser la urna funeraria que lo sepulte.

Para la lectura no encuentro argumento malo; pero cuando pienso en escribir, no hallo ninguno que me agrade. Aguardo la publicacion de tu leyenda, que tan magnífico principio tiene, para inspirarme en ella i dar, si logro vencer mi timidez, el primer paso en la via literaria.

Tu prima, que te admira tanto como te ama,

ENRIQUETA.

---

FOLLETIN.

---

LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL  
POR

LUORECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

---

La caravana hizo alto, como decíamos, a la puerta de uno de los miserables ranchos que servian de hogar a los primitivos habitantes de nuestro suelo.

Apénas la comitiva se amontonó a la entrada del rancho, la puerta de cuero de éste se abrió, i los recién llegados penetraron a la choza sin mas ceremonia.

Indudablemente eran esperados; pues los dueños de casa, que eran un indio i su mujer,

no parecieron extrañarse de la hora intempestiva a que venian los visitantes. Léjos de eso, se apresuraron a encender una buena i abundante lumbre.

Como era de costumbre en aquel tiempo i es aun en nuestro pueblo, todos se sentaron al rededor de la fogata. Entónces se pudo contar a los recién llegados, que eran seis hombres i una mujer. Marchaban a pié i estaban mojados hasta los huesos, como suele decirse.

Los hombres eran todos indios: tenian el aspecto estúpido i feroz de esta raza cuando no está pulida por la civilizacion. En cuanto a la mujer, que permanecia acurrucada en un rincon de la choza, miéntras sus compañeros volvian el calor a sus miembros entumecidos por el frio i el agua, a primera vista se adivinaba que nada habia de comun entre ella i la singular comitiva.

En su aspecto i en su traje se conocia sin trabajo que era española.

Sus vestidos, aunque deteriorados por los doce dias de marcha que debian haber empleado por lo ménos para llegar de la Serena a Quilimarí, i apesar de la lluvia de esa última noche, conservaban todas las apariencias del lujo. Esta circunstancia, unida a cierta atmósfera de distincion inexplicable que envolvia a la mujer, descubrian un noble orijen.

Una gran mantilla de lana la cubria casi por completo.

Sin embargo del frío intenso que la hacia temblar bajo esta mantilla, la mujer permanecia alejada de la fogata; inmóvil i recojida en su rincon.

El resto de la caravana se preparaba para tomar su *ulpo caliente* en grandes cachos, que empuñaban con satisfaccion.

Uno de ellos que, a juzgar por su apariencia ménos feroz i estúpida que la de sus compañeros, debia ser el jefe de la partida, se volvió hácia la mujer, i fijando en ella una mirada respetuosa i tierna, que dulcificó en gran manera la expresion adusta de su fisonomía, dijo en español:

—¿Por qué no se acerca al fuego, señorita? debe tener mucho frio, i si permanece ahí encojida, con los vestidos mojados, se va a helar.

La mujer no contestó ni una palabra, ni siquiera hizo un movimiento: parecia no comprender que era a ella quien se dirijian.

El mismo personaje dijo entónces volviéndose al resto de la comitiva:

—Vean Uds. si es taimada esta señorita; jamás contesta cuando se le habla. Sin embargo de lo mui bien que la hemos tratado en el camino, no hemos logrado hacerla pronunciar ni una palabra. Así son estos pícaros españoles: se desdennan de hablar con los indios, como nos llaman, con los esclavos; pero para quitarnos nuestras tierras, para robarnos nuestro oro, no han tenido miramientos. ¡Cuidado, señorita, continuó volviéndose de nuevo del lado en que estaba la mujer, cuidado! mi

paciencia se cansa, i si hasta ahora he sido bueno, respetuoso i dulce con Ud., disgustando a mis compañeros, su obstinacion me va exasperando i casi estoi decidido a ser desde este momento el cacique Tagaltahua tal como he sido siempre: ¡cuidado!

I el altivo descendiente de la raza araucana, la mas indómita i valiente de toda la América del Sur, arrojó sobre la mujer una mirada fria i amenazante.

Esta mirada no pudo ser apreciada por la mujer que, cubierta como estaba, no podia ver al indio. Quizás por tal motivo no descubrió, ni por el mas lijero movimiento, que las amenazas de éste la sobresaltarán.

Tagaltahua, pues ya que sabemos su nombre lo llamamos así en adelante, siguió diciendo a sus compañeros:

—Supongo que Uds. estarán contentos de su jefe; he cumplido mi juramento: juré vengarme i vengar a todo los míos del soberbio i cruel señor Toribio Mendoza; juré hacerle el mayor mal posible, i creo no haberme engañado en la eleccion del punto que debíamos herir. Hemos destrozado el corazon de padre arrebatándole su hija.

¿Qué mas podíamos hacer? Aquí tienen Uds., añadió señalando a la mujer, que inmóvil en el rincón, mas parecia un objeto que un sér humano, aquí tienen Uds. a la señorita Blanca Mendoza, el tesoro precioso, inestimable del señor de Mendoza, convertida en la esclava, en la mujer futura del cacique Tagaltahua.

(Continuará.)

## CAROLINA.

C'en est fait!... je l'ai vu dans mes rêves. L'espérance n'embellit plus mon avenir, ils ont été courts mes jours de félicité. Glacé par le froid aquilon du malheur, le matin de ma vie est voilé d'un nuage. ¡Amour, espoir, bonheur! adieu! que ne puis-je ajouter: souvenir! adieu!

\*\*\*

### I.

¡Dieziocho años! Edad feliz, edad de las dulces ilusiones i de los ensueños color de rosa i de cielo. ¡Dieziocho años! grato momento de la vida, en que despertándose el alma como de un profundo sopor, despliega sus alas i, entusiasmada, extiende su vuelo en medio de los inmensos horizontes de un mundo que aun no conoce. ¡Dieziocho años! brillante aurora de un dia que principia i cuyo término no se percibe; fugaz meteoro, cuyo resplandor deslumbra i casi siempre ciega al incauto mortal. ¡Oh! ¿quién en esta edad no ha soñado con la gloria i con paraísos de indecible dicha? ¿Quién no ha visto levantarse, como por encanto, suntuosos palacios, hermosísimos jardines i pra-

## SUMARIO.

Carolina, (conclusion), por Ruperto Marchant Pereira.— La mujer, poesía, por Rosario Orrego de Uribe.— En la tumba de una amiga, poesía, por J. M. T. A.— Dorila, poesía, por Daniel Caldera.— La agonía de una madre.— A la poetisa Dolores L. de Guevara, poesía, por Augusto Ramirez S.— ¡Ah!, poesía, por Daniel Caldera.— Charada, por Crosat.— A María Luisa, por D. A.— Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita original, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuación).— Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

## CAROLINA.

(Conclusion.)

Yo temblaba en mi escondite; hubiera querido salir para ir a caer de rodillas delante de aquella niña que ya comenzaba a fascinarme. ¡Oh! qué feliz hubiera sido en poder secar, con mis manos, las gotas de rocío que brillaban en los botincitos de Carolina! ¡Qué feliz hubiera sido si esos ojos que, con tanta dulzura miraban a la anciana i a esas flores que yo envidiaba, se hubiesen fijado en mis ojos con la misma apasionada mirada, con la misma dulce sonrisa!

—Pero, en cambio, continuó Carolina acariciando a la buena anciana, mira como están rojas mis mejillas.

—Tanto peor, hija mia, eso significa que la humedad i la agitacion pueden ocasionarte una fiebre....

—¡Qué fiebre, abuelita! todo lo contrario, el aire puro de la mañana i el perfume de las flores no pueden ménos de dar mas vida. ¿No oyes como cantan las avecillas? I esas aguas tan cristalinas que corren en el arroyuelo.... Ven, abuelita, mira que espejo tan puro ¡já, já, já! i como te ves ahí dentro, con tus mechitas blancas que se encrespan en tu frente....

—¡Malvada! todo es porque te diga que esa linda imájen que se refleja en las aguas, esos cabellos castaños i esa boquita de coral son el retrato fiel....

—¿De quién, abuelita, de quién?

—De un ánjel, mi Carolina.

Un beso resonó en aquel lugar; un beso mas dulce que el trinar de las avecillas, mas blando que el suspiro de la brisa, mas perfumado que el aroma de las flores.

¡Pobre corazon mio, i cómo repiqueteaba dentro del pecho! El cedron en que me apoyaba por poco no se hizo trizas; mis manos crispadas arrancaban, a manojos, las ramas i las hojas; yo comenzaba a volverme loco; mi ce-

rebro jiraba como torno de hilandera i mis ojos fijos, fijos en aquella celeste aparicion casi se salian de sus órbitas.

—I ¿qué vas hacer con esas flores?

—Estas flores son....

Una lágrima brilló en los ojos de Carolina; yo sentí que los míos tambien se humedecian.

—Te comprendo, replicó con voz grave la anciana, te comprendo: eres una buena hija; vamos a la tumba de tu madre, vamos a rezar, Carolina.

La anciana se apoyó en el brazo del ánjel que acaba de robarme el corazon i, tristes i silenciosas, se internaron en el bosque.

## VI.

Pasaron algunos dias. Carolina volvió muchas veces a las orillas del arroyo; yo la veia siempre i siempre, al ir a hablarla, una cadena de acero me sujetaba, dejándome clavado en el mismo sitio. ¡Es tanto el respeto que inspira una mujer adorada!

Buscando entre los árboles, habia encontrado una cruz: era allí donde Carolina depositaba sus flores; era allí donde ella, de rodillas, elevaba su alma hácia Dios. ¡Cuántas veces, enamorado i fuera de mí, cubrí de besos aquellas flores que habian tocado las manos de mi ánjel! ¡Cuántas veces, mis suspiros, interrumpiendo el silencio de aquel lugar, hicieron estremecerse a Carolina en sus momentos de oracion! Yo la veia, la hablaba con mi alma, pero siempre, un temor inexplicable, me detenia cuando ya estaba al punto de correr hácia ella.

Sin embargo, era preciso poner un término a aquella situacion, pues yo me sentia morir. Desde aquella feliz mañana en que la encontré por primera vez en el bosque, yo no dormia, ni tenia un momento de reposo; la imájen de Carolina, robándome los instantes, me robaba todos los pensamientos i hasta el menor latido del corazon.

—Ideé un medio que luego puse planta: durante varios dias, apenas brillaba la aurora, corria al arroyo, cortaba las flores mas lindas i, formando coronas i guirnaldas, las iba colocando en rededor de la cruz. Grande fué la sorpresa de Carolina, cuando vino con su ofrenda cotidiana, al encontrar ya engalanada la tumba que tanto parecia amar. Volvió, al siguiente dia, i al encontrar que las flores, en vez de marchitarse, se volvian mas fragantes i mas hermosas, comenzó a dudar i, azorada, miraba en torno como tratando de descubrir el misterio de aquellas flores. Por fin, al tercer dia, entre temerosa i resuelta, la ví ade-

FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

—Sí, señorita Blanca, continuó diciendo Tagaltahua con una ironía amarga; está Ud. destinada a ser la compañera de mi vida o de alguno de mis compañeros, si Ud. lo prefiere: tiene Ud. la libertad de elegir. Solo que exijimos ahora mismo su decision; no estamos acostumbrados a esperar, tratándose de las mujeres. Todos nosotros la queremos a Ud. mucho, i cualquiera que Ud. elija, se dará por contento. Vamos, piénselo Ud. bien, le damos un cuarto de hora de plazo, pero será el último. ¿Entiende Ud., señorita Blanca?

Un lijero temblor i un leve rechinamiento de dientes anunció que por esta vez comprendía la mujer era ella a quien se dirijian. Por lo demas, continuó en la misma inmovilidad.

En cuanto a Tagaltahua, con la cabeza inclinada, la mirada fija, parecia esperar con calma la respuesta de la señorita Blanca, como él llamaba a la mujer.

Hubo un momento de silencio, que solo era interrumpido por chisporroteo de la fogata i por el ruido que formaba la caravana, concluyendo de tomar su *ulpo*, cuando Tagaltahua dijo como hablando consigo mismo:

—Parece increíble; pero mas de una vez he estado a punto de renunciar a mi venganza; he tenido que hacer grandes esfuerzos para no volver atras de mi camino, devolviendo a la señorita Blanca a casa de su padre, tal como la habíamos arrebatado. Sí, lo confieso; al ver la juventud, la hermosura de la señorita; al contemplar la delicadeza i el esmero con que ha sido criada, he tenido compasion, pensando en que nuestra vida salvaje i ruda va a quebrantar, a matar talvez a esa pobre niña, débil i sencilla. ¡Ah! si ella alguna vez hubiera manifestado interes, lástima siquiera por los crueles tratamientos que nos daba su padre, quién sabe si yo, Tagaltahua, la hubiera perdonado!

La fisonomía del indio, cuando llegó a esta última parte de su monólogo, era apacible i casi tierna.

Luego, poco a poco i así como las olas de un mar tranquilo se encrespan a impulsos del viento que va arreciendo por momentos, la expresion del indio fué cambiando insensiblemente a influjo de las ideas que lo ajitaban.

Una risa diabólica i salvaje levantó su nervudo pecho.

— ¡Já! já! já! já! . . . ¡Soi un miserable! exclamó, hablando siempre consigo mismo. ¡Perdonar a la hija del malvado que hizo azotar a mi desgraciado padre, porque, viejo i cansado, no podia resistir al duro trabajo a que se le habia destinado! ¡Mas esta es una mujer! . . . ¿Qué me importa a mí que sea una mujer? . . . Mi padre era un anciano, i sin embargo, el señor de Mendoza lo mandó apalea, ordenando que yo, su hijo, presenciara este bárbaro suplicio! . . .

Aquí se detuvo el feroz cacique.

Su respiracion era ronca i fatigosa.

Dos lágrimas corrian lentamente por su atesada mejilla.

El dolor del indio tenia algo de solemne e imponente.

Sus compañeros lo escuchaban con la cabeza baja, i aunque ninguno de ellos habia pronunciado una palabra, se veia bien claro, participaban de la terrible conmocion que hacia estremecer a su jefe.

Este, sin cuidarse de sus compañeros, se fué serenando gradualmente, i volviendo a su espantosa risa, exclamó:

— ¡Ah! señor de Mendoza! Ordenasteis que el hijo fuera testigo del martirio de su padre. . . . ¡Bueno! mui bien! ¿Qué no daria yo ahora por ser testigo de vuestro dolor? . . . Já! já! já! já! . . . ¡Ya me figuro la desesperacion del buen señor! . . . ¡Ah! viejo maldito! . . . ¡Busca a tu hija, sí, búscala cuanto quieras; manda a tus soldados españoles, tan malvados como tú, a perseguirnos; todo será inútil! . . . Esos perros extranjeros no conocen los caminos extraviados que nosotros, los hijos de estas tierras, conocemos. Ademas, continuaremos andando de noche, como hasta ahora. ¡Que vengan! En quince dias mas habremos pasado el Maule; estaremos entre los nuestros, i ¡ai de entónces! Ni un ejército será capaz de arrebatár su presa a Tagaltahua.

(Continuará.)

## SUMARIO.

Educacion moral de la juventud, por Enriqueta Courbis. — Un rayo de luz, poesia, por M. Antonio Benavides. — Adios, poesia, por M. Antonio Benavides. — Amor de una chola, por Manuel Concha. — Adios, poesia, por Indalicio 2.º Diaz. — En la playa, poesia, por Daniel Caldera. — Charada, por Crosat. — Una heroína sanfelipeña, por Indalicio 2.º Diaz. — Folletin: Los Ermitaños del Haaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion). — Amor despues de la muerte. — Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

## EDUCACION MORAL DE LA JUVENTUD.

Al tratar de un asunto de tanta importancia como es esta parte esencial de la instruccion, siento grandemente no tener aquella persuasiva elocuencia e ingenio para encomiar debidamente su necesidad. Mas, apesar de todo, i reconociendo mi impotencia, permitidme os dirija algunas palabras i disculpad mi temerario arrojó al hablar de tan delicada materia.

A vosotras, pues, honorables madres de familia, me dirijo; pues que sois el ángel tutelar de la inocencia i el digno artífice que debe formar moralmente el corazon de sus tiernos hijos. ¡Sublime mision que os encomendó el Supremo Hacedor!

Mas ¡ai! si descuidais tan noble deber. ¿Habéis pensado sériamente qué sucederá? A medida que vuestros pequeñuelos crezcan materialmente, las espinas de las pasiones que circundan su corazon a consecuencia de nuestro desgraciado oríjen se desarrollarán tambien i le estrecharán hasta ahogar en él la virtud, los buenos sentimientos; i por último, le desgarrarán cruelmente. ¡Animo, pues, i arracad valerosamente i con vuestro amor de madre esas espinas que, a traves de la sencillez infantil se dejan ver, no solapadas aun por la ficcion; arracadlas, sí, os digo, i plantad en su lugar hermosas flores de virtudes que perfumen suavemente el hogar doméstico i sean el dulce solaz de su alma en todas las adversidades de la vida!

Vijilad constantemente las pasioncillas que se despiertan en el alma de esos séres queridos que os confió el Padre comun i enderezadlas desde temprano: el árbol que crece bajo el cuidado del hábil hortelano medrará en breve i fácilmente lo enderezará si no fuere recto.

I ¿desde cuándo debe comenzar esta educacion moral de los hijos? En cuanto fuere posible desde la cuna i con tanto o mayor esme-

ro i prudencia como les proporcionais el conveniente alimento para su desarrollo material. ¿No habeis notado que cuando acariciáis a uno de vuestros pequeñitos, el otro regaña i llora? No fomentéis, pues, con vuestra aprobacion esa tierna pasion de envidia que ya aparece; enseñadle suavemente a regocijarse del bien de su hermano, i cuando esto hayais logrado, premiad placenteras sus primeros triunfos con dulces caricias.

¡Oh, dignas madres de familia! formad el corazon de vuestros hijos en la sólida piedad, en la práctica de las virtudes morales i sociales i habreis hecho un bien inapreciable; con esto habreis preparado convenientemente su corazon para la ruda lucha que ha de trabar consigo mismo por el cumplimiento del deber i contra el pernicioso ejemplo de los que se han dejado arrastrar de la corriente de las pasiones; i si sucumbe en ella no desmayeis aun, confiad en que no será por mucho tiempo juguete de sus olas, que pasada la tormenta borrascosa, cuando el vacío que encuentre en el alma le haga reflexionar, verá con siempre igual lucidez la antorcha de los principios morales i relijiosos que supisteis inculcar en su jóven intelijencia i que lo guió en sus primeros pasos; i pronto, ansiando por aquella paz indescribible de que ántes disfrutaba, seguirá su benéfica luz.

¡Qué consuelo entónces para una madre que lo cifra en la felicidad de los suyos!

Nó; no es perdido el anhelo con que solícitas vijilais e instruis a vuestros hijos: ellos mismos serán vuestra corona i recompensa.

ENRIQUETA COURBIS.

## UN RAYO DE LUZ.

I.

“Todo pasa, un anciano me decia  
Con moribunda voz;  
Alegre juventud, glorias, amores,  
Vanas quimeras de la mente son.

“Todo ese bello i celestial enjambre  
De candorosa fé,  
¡Ai! viene a desgarrar con su presencia  
La ríjida vision de la vejez.

El melancólico, ella triste. Son sin duda dos amantes.

Habian callado por un momento, como dominados por una fuerte emocion.

Ella sollozaba, habiendo derramado algunas lágrimas, mas luego, reponiéndose, dice a su amante con ternura:

—¿Me amas?

—Con toda mi alma.

—¿Me amarás siempre?

—Siempre.

—¿Me olvidarás?

—Nunca.

—¡Ah! Eduardo, bien mio, gracias, gracias.

—¿I tú Matilde, alma mia, no es verdad que tambien me amas? . . . ¿No es verdad que tú sin mí no podrias vivir?

—¿Cómo vivir sin respirar aire? ¿cómo vivir, Eduardo, sin respirar tu amor?

—Cuanto bien me hacen tus palabras, Matilde, dijo Eduardo, ébrio de gozo; tus palabras me hacen gozar una dicha que creo se gozará solo en el cielo; tus palabras me hacen olvidar mis desgracias, me trasportan a un eden, me fascinan, me electrizan . . .

—¡Ah! . . . mi Eduardo, dijo Matilde, limpiándose una lágrima . . .

—¿Por qué lloras? la dice éste conmovido.

—Perdona . . . lloro de felicidad . . . mas ¡ah! lloro porque este feliz momento se va extinguir pronto . . . tú te vas a Santiago a enrolarte en las filas patriotas, allí combatirás; quizás en ellas perezcas . . . i entónces ¡oh! ¡Dios mio! que va a ser mí . . .

—¿I qué me importa la muerte, Matilde, si muero con tu amor, si muero amándote i bendiciéndote?

INDALICIO 2.º DIAZ.

(Concluirá.)

FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

I el indio, altivo i arrogante, levantó su cabeza i extendió una mirada airada i despreciativa por toda la choza.

Se le habria creído al frente de sus enemigos: tal era el aire de insolente desafío que expresaba esta mirada.

De súbito, se fvolvió hácia la mujer i, con tono resuelto i altanero, le dijo:

—¡Vamos! Esto es demasiado, señorita Blanca. Ud. no hablará nunca. Venga Ud. aquí en medio de nosotros; queremos ver su linda cara.

I tomando a la mujer por un brazo, la trajo medio arrastrando al círculo que formaba toda la caravana, i la sentó bruscamente sobre un banquillo de madera.

Con la violencia de este movimiento, la mantilla de la dama cayó a los piés de ésta, dejando así descubierta su figura, que, alumbrada por la rojiza vislumbre de la fogata, podia contemplarse libremente.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que la señorita Blanca Mendoza es, ni mas ni ménos, la heroina de esta leyenda, i como a tal, nos permitirán que hagamos la descripcion de su persona, con todos los detalles que su puesto de protagonista exige.

Blanca Mendoza era una mujer hermosa en toda la extension de esta palabra.

Su fisonomía, delineada con esos contornos precisos i graves de una estátua de Miguel Anjel, era dulce i melancólica.

Su cuerpo, esbelto i flexible, tenia la misma acentuacion de la fisonomía.

Magníficos cabellos negros, cayendo en desórden sobre su torneado cuello, hacian resaltar la blancura mate de su cutis fino i aterciopelado.

Sus ojos, mas negros aun que estos cabellos, estaban velados por largas i sedosas pestañas.

Sobre todo este conjunto encantador, se derramaba un indefinible colorido de profunda tristeza.

Desde luego podia asegurarse que no era la situacion presente, por mas anómala que ésta fuese, la que envolvía en esa nube a la bella jóven.

Nó; la expresion de dolor resignada i mediatubunda que contraía su rostro seductor, no podia ser sino el resultado de un sufrimiento largo i continuo.

Se conocia mui bien que no era el peligro del momento el que la hacia padecer.

Las sombras que oscurecian el semblante de Blanca venian de léjos.

Si así no hubiera sido, su desesperacion habria tenido la vehemencia i agitacion que sigue a una desgracia inesperada, que viene a herirnos en medio de la calma i la felicidad. I léjos de eso, nuestra heroina permanecia tranquila en la apariencia, tan inmóvil en su banco como en el rincon.

Un jesto desdeñoso i altivo plegaba sus labios de un corte perfecto.

Su mirada era fria i serena.

Sus preciosas manos, cruzadas sobre las rodillas, se crispaban lijeramente; siendo esta la única señal de emocion que se advertia en ella.

Parecia aguardar la resolucio[n] de su destino con cierto desden ríjido i amargo.

Este desden es inexplicable en una jóven colocada, como Blanca, al borde de un abismo.

El *¡qué me importa!* lanzado a la faz de sus infames perseguidores, se escapaba con elocuente enerjía de la actitud firme i silenciosa de la jóven.

Esta actitud era una protesta insolente contra el bárbaro destino, que la habia conducido al extremo de desafiar la horrorosa perspectiva de ser, por toda su vida, la compañera de un salvaje estúpido i feroz.

Pero, lo repetimos, el desprecio del porvenir que entraña tal protesta, es sorprendente en una niña que apenas principia a recorrer los floridos senderos de la juventud.

(Continuará.)

## AMOR DESPUES DE LA MUERTE.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE.)

### I.

Cualquiera creerá, al leer la relacion siguiente, que es una invencion de la fantasía del novelista o del poeta. Empero, nada es mas cierto. Los hombres expertos en las ciencias físicas pobrán talvez explicar como efectos de causas naturales los prodijios que voi a narrar; yo mismo podria explicármelos hasta cierto punto, i aun he ensayado con algun éxito algunas pruebas delante de varios amigos; pero a decir verdad, prefiero creer que los produjeron causas sobrenaturales; prefiero, i no me avergüenzo de decirlo, una supersticion piadosa i consoladora, capaz un dia de hacernos soportar con valor los mas terribles infortunios, a la verdad científica, que en cambio de un pequeño adelanto del entendimiento, nos quita tantas adoradas ilusiones del corazon.

Hace algunos años que llegaron a Milan dos jóvenes esposos, al parecer extranjeros. Mui poco despues de su llegada a la capital del reino Lombardo-Véneto, se dedicaron, el marido a hacer retratos, i la mujer a dar lecciones de música, o por mejor decir, ámbos se consagraron a la enseñanza i ejercicio de sus respectivas artes, en las cuales eran igualmente aventajados. En breve tuvieron una numerosa clientela, i como eran mui activos i se hacian pagar bien sus trabajos, no tardaron en disfrutar de una mas que decente medianía.

El marido, a quien llamaremos Carlos, estaba cada dia mas enamorado de su Julia: éste era el nombre de la jóven esposa. Véaseles siempre juntos en las horas que dedicaban a gratos paseos o apacibles distracciones, i las noches que no iban a alguno de los teatros o a cualquiera otra diversion, empleaban la velada tocando a duo, ella la arpa i él la flau-

ta, favoritos instrumentos suyos, en cuyo ejercicio habian llegado a cierta altura.

No pasó mucho tiempo sin que Carlos pudiese disponer de una suma bastante crecida para comprar una linda casita a orillas del bellísimo lago de *Como*, en la cual iban a pasar casi todas las fiestas, i la temporada de campo entera.

Por largo tiempo se habian ocupado los curiosos de Milan del misterio que rodeaba a aquellos jóvenes. La nobleza de su porte, sus corteses modales, i ese no sé qué indefinible, que sin embargo es como un sello patente que revela al traves de todos los misterios i disfraces posibles el distinguido nacimiento de las personas, inducian a los desocupados comentadores a mil conjeturas acerca de la clase i nacionalidad de los dos misteriosos artistas; pero lo cierto es que nadie supo jamas a punto fijo quienes eran ni de donde venian.

Hablaban con igual pureza casi todos los principales idiomas europeos, circunstancia que desesperaba a los investigadores, pues los jóvenes esposos podian pasar indistintamente por alemanes, franceses, ingleses o italianos; mas como todo en este mundo subladar, tuvo tambien al cabo la impertinente curiosidad de aquellas jentes, quienes cansadas de formar conjeturas sobre conjeturas, acabaron por dejar en paz a nuestros interesantes esposos.

Así vivieron aun algunos años, creciendo a la par de su fortuna i su reputacion, el mútuo cariño que se profesaban, cariño mui racional i fundado, por otra parte, puesto que era imposible encontrar una mujer mas hermosa, honesta i anjelical que Julia, ni un caballero mas cumplido i gallardo, ni un amante mas fiel i cariñoso que Carlos; pero la fatalidad, envidiosa de aquella dicha que ya duraba demasiado, atendida la inestabilidad de las cosas humanas, vino a turbarla del modo mas cruel i doloroso.

La salud de Julia comenzó a alterarse de un modo alarmante, i aunque ella luchó héroicamente por algun tiempo con el mal que minaba sordamente su vida, entregándose como de costumbre a sus diarias ocupaciones, hubo al fin de rendirse. Alarmado el tierno esposo, llamó a consulta a los mas famosos médicos de la capital, los cuales unánimemente prohibieron a la enferma entregarse a ninguna especie de trabajo, i aconsejaron a Carlos que la llevase a su casita de *Como*, en donde la tranquilidad de vida, las puras auras i la balsámica fragancia de aquellas riberas afortunadas, talvez la restablecerian, encargándose el decano de aquella docta reunion, el doctor S. . . ., que profesaba a ámbos jóvenes el cariño de un padre, de ir frecuentemente a visitar a la interesante enferma.

Cumplió Carlos religiosamente la voluntad de los médicos, trasladándose sin demora a *Como* con su adorada Julia; pero ni sus tier-

## SUMARIO.

Amor despues de la muerte, traduccion de la señorita Rejina Uribe (conclusion).—Reflexiones sobre la educacion pública de la mujer en Chile, por Eduvijis C. de Polanco.—Matilde, poesia, por Emiliano Castro Samit.—Folletin: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion).—Entre flores, poesia, por Indalicio 2.º Diaz.—Adios, poesia, por P. Ortiz Allende.—Revista de San Felipe, por Luchito.

## AMOR DESPUES DE LA MUERTE

(Traduccion de la señorita Rejina Uribe.)

(Conclusion.)

### II.

Uno, dos i hasta tres meses pasaron sin que pudiese notarse otra novedad en su estado, que el creciente estrago que sufría su constitucion al rudo embate de los males físicos, unidos a los dolores morales. Cada dia se llevaba en su paso una esperanza del sabio médico, que veía agotarse, en marcha lenta, es verdad, pero continúa, las fuentes de la vida en su jóven i desgraciado amigo.

En tal estado hallábanse las cosas, cuando, atacado el doctor por una enfermedad violenta aunque nó peligrosa, que por aquél entónces reinaba en Milan, tuvo que guardar cama diez o doce dias, que en su inquietud por Cárlos le parecieron siglos. Diariamente iba un criado de su confianza a informarse de la salud de éste; llevaba encargo espreso de verle i hablarle personalmente, i con grande asombro oía el cuidadoso amigo del fiel servidor, que el jóven parecia, no solo mui mejorado, sino tranquilo i alegre.

Repúsosé por fin, del todo el buen doctor, i su primera visita fué para Cárlos, encontrándole efectivamente tan mejorado al parecer i con tan plácido i sereno rostro, que casi no se atrevía a dar crédito a sus ojos. Empero, observándole mas despacio, notó que aquella animacion la producía un aumento de fiebre; i ocultando su alarma, le hizo mil preguntas con el fin de averiguar, no ya el aumento de vida cuya traidora causa conocía, sino el motivo de la satisfaccion que brillaba en las facciones del jóven enfermo. Turbóse Cárlos; un vivo encarnado asomó a sus pálidas mejillas, i mas de una sospecha cruzó rápida por la mente del amigo. Viendo, empero, que sus preguntas afectaban dolorosamente al jóven, dejó de hacerlas por entónces, i se despidió hasta el siguiente dia.

A la salida de la casa se encontró con un criado que servía a Cárlos desde su llegada a Milan; le eran conocidas la lealtad i reserva de aquel hombre, i aunque le repugnaba tomar informes misteriosos de un sirviente, el motivo que le impulsaba era demasiado poderoso para no atropellar por todo.

—Jerónimo, le dijo; tengo que hacerte algunas preguntas; pero ante todo exijo injenuidad i fianza.

—Mándeme usía.

—Ten en cuenta que lo que te voi a preguntar interesa mui de cerca nada ménos que a la vida de tu amo; con que así me contestarás sin reserva alguna.

—Sí, señor.

—Dime, pues, ¿qué novedad ha ocurrido desde que yo no vengo aquí? ¿Recibe tu amo algunas visitas?

—Pero, señor . . .

—Ya te lo he dicho. La vida de tu amo talvez depende de tu franqueza. ¿Viene alguién a ver a Cárlos? ¿Va él a alguna casa de las cercanías?

—Señor, si no os conociera tanto, no os contestaría; pero la vida de mi amo es lo primero. El no va a ninguna parte, pero creo que alguién viene a verle.

—¿Alguién! ¿I cómo . . . cuándo?

—¿Conoceis aquel pequeño pabellon del jardin . . . adonde mi amo iba por las noches con la señora? . . .

—¿I bien?

—Hace solo unos ochos dias que mi amo ha vuelto a entrar en aquella habitacion. La segunda o la tercera vez que le ví dirijirse allí, me pareció oír los suaves acentos de la flauta. Fuíme acercando al pabellon hasta que estuve debajo de la ventana en donde se sentaba la señora; juzgad cuál sería mi sorpresa al oír resonar su arpa acompañando la flauta de mi señor! Apénas me atrevía a dar crédito a mis oídos, porque me parecia imposible aquella profanacion.

—Pero ¿estás seguro, Jerónimo, de haber oído el arpa?

—¡Oh! sí, señor, sí; estuve oyendo largo rato. Era la misma tocata favorita de la señora que yo he oído tantas veces.

—I bien, ¿viste despues salir a la persona que acompañaba a tu amo?

—Nó, señor. El amo salió solo; echó llave al pabellon i se la guardó en el bolsillo, encaminándose en seguida a su cuarto. Yo me habia ocultado entre los árboles para que no creyese que le estaba espiondo; i cuando pasó por cerca de mi escondite pude ver a la luz de la luna que iba tan trémulo i ajitado, que apénas podía sostenerse sobre sus piés, i una palidez espantosa cubria su rostro.

I como los gobiernos saben mui bien que la mujer es la base o centro moral de la familia, como ésta lo es de la sociedad i por consiguiente de los pueblos, se empeñaron de dia en dia, i con justísima razon, en educar mejor a la mujer, para que de ese modo contarán las naciones con muchas mujeres de corazon e intelijencia, de moralidad i de trabajo, que supiesen guiar a sus hijos por los senderos de la luz i del bien, procurando hacer de cada uno de ellos un elemento de felidad i progreso para la nacion o estado en que viven.

Valparaiso, 14 de enero de 1876.

EDUVIJIS C. DE POLANCO.

(Continuará.)

## MATILDE.

(EN EL ÁLBUM DE MI AMIGO CONRRADO VICO R.)

¿Has visto por ventura, entre los astros  
Que decoran la nave celestial,  
¡Ai! cruzar de repente un meteoro  
Deslumbrante de luz i claridad? . . .  
—¿Sí? . . . Pues mui mas hermoso es de Matilde  
El lánguido i tiernísimo mirar,  
Si sonriendo de amor i de ventura  
Me dice “¡cuán dulcísimo es amar!”

¿Has visto por acaso entre las flores  
Juguetear el aura matinal,  
Deslizar un secreto en sus corolas  
I sus pintados pétalos besar? . . .  
—¿Sí? . . . Pues mas tierna, vaporosa i pura  
Es Matilde, la Diosa del amor,  
Si al lanzar un suspiro, entre mis labios  
Un dulce beso deposita en pos.

¿Has visto aparecer entre celajes  
El alba de rosada i pura luz,  
Reflegarse en la nieve de los Andes  
Al descorrerse el nocturnal capuz?  
—¿Sí? . . . Pues son mas hermosas i hechiceras  
Las mejillas del ángel de mi amor,  
Si, palpitante de emocion, las tiñen  
Los celestes pinceles del rubor.

¿Has visto, en fin, entre dorados sueños  
Realizarse del alma la ilusion,  
Convertirse en bien del paraiso  
El ideal que finjiera el corazon?  
—¿Sí! . . . Pues Matilde es mas hermosa i bella  
Que ese algo que se forja la pasion,  
Sus caricias tiernísimas i puras  
Cual caricias del ángel del amor.

Tal así un soñador me pintaba  
El objeto ideal de su amor,  
Ideal que en el alma fulgura  
Cual reflejo de un mundo mejor.

EMILIANO CASTRO SAMIT.

FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

Es necesario que la fatalidad, ciega i desapiadada, haya descargado uno de sus mas rudos golpes sobre la desventurada Blanca, para que a su edad, — contaria apénas veintidos años, — i con su hermosura, que una reina habria envidiado, hubiera adquirido tal indeferencia por el futuro, siempre enriquecido con risueñas esperanzas para los que lo contemplan, como nuestra heroina, desde los primeros escalones de la vida.

Esta indiferencia es natural i lójica cuando una larga práctica del mundo va trayendo, unos en pos de otros, desengaños i decepciones, que concluyen por secar en el corazon la fuente de todo sentimiento, i en el alma la voluntad de toda aspiracion.

Únicamente a la desgracia, pero una de esas desgracias abrumadoras que tienen la fuerza del rayo, le es dado el triste privilegio de envejecer mas rápidamente que los años.

¿Blanca Mendoza habria sido la víctima de tan insondable infortunio?

No queremos ni debemos adelantar nada: el desarrollo de los acontecimientos que vamos narrando, explicará el enigma.

Entretanto, volvamos a Tagaltahua, el que, sentándose en un banco al lado de la jóven i mirándola con aire entre amable i provocativo, la dijo:

—¿Será necesario contentarse con su silencio, señorita Blanca? Bien: yo lo tomo como favorable para mí. Soi, pues, el favorecido. . . si es que vosotros, agregó dirijiéndose a sus compañeros, no teneis nada que decir.

Nadie contestó a la interrogacion del cacique.

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Tagaltahua, tomando entonces un aire triunfante, se acercó a la joven i, con cierta alegría siniestra, exclamó:

—Está decidido: esta hermosa niña será una de mis mujeres, de mis esclavas; yo me sabré vengar, en la hija, de las crueldades del padre. No seré yo el descendiente del gran Cau-policán, quien me deje enternecer por el cútis blanco i delicado de esta española, que debe estar maldita como toda su raza. Si esto sucediera, tengo el recuerdo del infame señor de Mendoza para volver a mi furor. . . . Vamos! prosiguió, dirijiéndose a la dueña de casa. ¡Venga la chica i el aguardiente! para beber a la salud de la que va a ser mi mujer. Esta noche nos detendremos tambien aquí, i mañana será la boda. Con este tiempo, nuestros perseguidores no avanzarán: no tenemos nada que temer mientras siga esta lluvia. . . . Mi novia merece una fiesta. . . . ¡Si pudiéramos invitar al pícaro viejo de Mendoza, nada faltaria a nuestro regocijo! . . . ¿Nó es verdad, hermosa muda? continuó, volviéndose del lado de Blanca i rodeando la cintura de ésta con su brazo desnudo i musculoso.

La presion de este brazo hizo palidecer espantosamente a la joven, que, rechazando airada al indio, lo apartó con brusquedad i terror.

La conmocion de Blanca fué rápida e intensa: una de esas conmociones inexplicables que solo se experimentan al contacto de una máquina eléctrica.

Blanca despertaba de su sueño.

Su despertar era violento i doloroso.

El velo que su indiferencia i abandono habia echado sobre el porvenir, se descorria de súbito; Blanca, por la primera vez, despues de doce dias, se encontraba frente a frente con su difícil i penosa situacion.

La joven midió el abismo que se abria delante de ella, en cuyo fondo, el dolor de su padre, del que Tagaltahua se burlara con tanta imprudencia, i el amor de este último hácia ella, se mezclaban como un sarcasmo cruel de su destino.

Blanca retrocedió aterrada ante la contemplacion de este consorcio informe.

La amargura, el dolor, el miedo se dibujaban en su altivo i azorado rostro.

Sus bellos ojos, inciertos i turbados, dirijian a todas partes inquietas miradas.

Acaso no se explicaba ella misma cómo habia permanecido tranquila ante los peligros que la amenazaban.

Es lo que sucede comunmente: una preocupacion fija i constante absorbe el espíritu.

La facultad de sentir todo lo que no venga a ésta preocupacion, se embota.

Se necesitan grandes sacudimientos, en las organizaciones así paralizadas, para volverlas a la vida real.

Blanca habia sido arrebatada de su abstraccion por el brazo del indio como sacudimiento físico, i por el dolor de su padre como contraccion moral.

(Continuará.)

## ENTRE FLORES...

(A UNA AMIGA.)

Era la tarde. . . daban la oracion;  
Por un bosque mui triste me paseaba  
Entregado a una cruel meditacion,  
Pensando en ella, en ella si me amaba.

Agoviado por un dolor profundo  
“Huid de estas desgracias, me decia,  
Buscad la gloria en otro bello mundo,”  
I mi alma por el éter se perdía.

De repente a mi oido resonaron  
Coros de ánjeles, notas melodiosas,  
I busco entre el follaje a las que hablaron  
I eran ¡cielos! dos ninfas mui hermosas.

¡Qué bellas eran! ni arte, ni la ciencia  
Pintar podrá tan célica hermosura:  
En sus ojos brillaba la inocencia,  
Pintábanse en los labios sus dulzuras.

Mui graciosas i llenas de candor  
Cantaban amorosas, cual Sirenas;  
Quizas ámbas contábanse sus penas,  
Quizas ámbas amaban con ardor.

Yo escuchaba ese coro melodioso,  
Yo escuchaba del cielo esos cantares,  
I era en ese instante el mas dichoso  
De este mundo de míseros mortales.

No lo sé. . . mas recuerdo que de hinojos  
Iva a caer, en éxtasis de amores,  
I. . . huyeron al instante de mis hojos,  
Perdiéndose cual humo entre las flores. . .

Noviembre de 1875.

INDALICIO 2.º DIAZ.

# LA BRISA DE CHILE.

Año I.

San Felipe, 30 de Enero de 1876.

No. 6.

## SUMARIO.

María, por Carlos A. Berro.—La sed de oro, por R. O.—A Cuba, poesía, por Victoria Cueto.—Amor ideal, poesía, por Indalicio 2.º Díaz.—Una noche de luna, por Elias Cousiño.—Comunicados, por Juan Ruiz i por D. A.—La amistad, poesía, por Félix Alberto Zepeda.—Charada, por Crosat.—Instrucción primaria.—Poesía, por \*\*\*.—Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion).—Revista de San Felipe, por Luchito.

## MARIA.

¿Te acuerdas? En una tarde tan hermosa como ésta, un día como hoy, pero hace ya muchos años, recorrimos juntos el solitario cementerio de X. Las numerosas plantas con que el amor habia adornado aquella triste morada, comenzaban a abrir sus flores al calor de la primavera, esparcían en el aire sus perfumes i formaban con sus vivos colores un bello contraste con el verde de la yerba, que tambien se veía allí en abundancia. Nosotros recorrimos silenciosos aquel sitio leyendo al pasar algunas inscripciones que se veían sobre las pobres cruces que protejian aquellas tumbas. En el fondo del cementerio se alzaba una cruz de blanco mármol i entre sus brazos brillaba una corona de variadas flores. A su pié habia una lápida medio oculta entre las plantas i sobre ella se leían tres nombres.

Allí, en el fondo de aquel cementerio, al lado de aquella tumba, me contaste una triste historia, la historia de los que dormían el sueño eterno bajo aquella lápida.

Al contármela cumplías una promesa; permíteme a mí que hoy, al cumplir una que te he hecho, vuelva a contártela a tí. Tú me has hablado de los recuerdos de aquellos días i yo voy a mi vez a recordarte esta historia, cuyos detalles me diste a conocer aquella tarde.

Quisiera hallarme en X., en su solitario cementerio, viendo el sol desaparecer a lo lejos i oyendo bramar el mar en las cercanas rocas, para poder dar a mis palabras el interés que tú supiste dar entonces a las tuyas. Pero de cualquier modo que sea, permíteme traer a tu memoria estos recuerdos, hoy sobre todo, que cruzan la cargada atmósfera de tu patria relámpagos que parecen anunciar la tempestad.

No lejos del mar, sobre una verde colina rodeada de un lindo jardín i una entensa arboleda, se levanta blanca, sencilla i alegre la casa del que llamaremos Pedro Hernandez.

El mar que se divisa a lo lejos i ruje en las rocas de la costa, el blanco caserío del cercano pueblo que se alcanza a ver por entre los árboles i la verde campiña que se domina desde la azotea de la casa, contribuyen con su vista a dar mayor belleza a aquel sitio, que una mano laboriosa ha sabido engalanar con esmero. No hai en ella nada que pueda llamarse lujo u ostentacion; pero en cambio todo está allí arreglado con gusto i sencillez; en todas partes puede notarse el espíritu de orden i laboriosidad que anima al dueño de aquella propiedad. Allí, en aquel sitio encantador, vive feliz una honrada familia en medio de las comodidades que le ha proporcionado su jefe con su trabajo.

Esa familia no es numerosa; fórmanla solo Pedro, su anciana madre, su esposa i dos hijos, de los cuales el mayor cuenta apenas dos años. Pedro es aun joven, cuenta solo veintisiete años. Entregado por completo al cultivo de su propiedad, alejado del mundo de la política, vive tranquilo i feliz en medio de los dulces goces del hogar.

La dicha sonríe, pues, en aquella blanca casa de la colina, en aquel nido medio oculto entre los árboles i las flores.

¿Habeis escuchado alguna vez en el silencio de la noche o en la soledad de los campos la voz del trueno que suena allá a lo lejos débilmente i que se dilata despues en el espacio estremeciéndose a la vez el monte i la llanura, los cielos i la tierra? Pues no de otra manera escuchose un día en un rincón de aquel país el grito de guerra, la voz de la revolucion, que dilatándose de comarca en comarca llegó hasta el alegre pueblo en cuya vecindad vivía la familia de Hernandez, trayendo la consternacion a todos los pechos de los ciudadanos pacíficos i honrados. La lucha civil, la mas cruel i desastrosa de todas las guerras, se habia empeñado ya. La mayor agitacion reinaba en las ciudades i en los campos; la ira i el dolor pintábanse en unos rostros, el entusiasmo i la alegría en otros, i aquellos habitantes entregados poco ántes al trabajo i a la paz, volaban entonces a las armas lanzando palabras de muerte i de venganza. La sangre de los hermanos no tardó en regar el suelo de la patria i cada víctima que caía levantaba nuevos odios en los corazones.

Como la ola gigante que avanza ruiendo sobre la playa i arrastra al abismo cuanto encuentra a su paso, así la ola de la revolucion conmueve los corazones i los precipita en la vorájine de la guerra civil. Ante la inminencia del peligro, todo el que puede tomar las armas ha sido obligado a acudir en defensa del gobierno, i el mismo Pedro ha tenido que abandonar su tranquila morada para ponerse al

## POESIA.

¿Por qué es ciego, amor? decía

Delia a su tierno pastor.

I el pastor le respondia:

—Porque los ojos de amor

Los tienes tú, vida mia.

\* \* \*

## FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

Blanca era, pues, un sér en toda la plenitud de la existencia. Pero la pobre niña solo tenia conciencia de la vida por el sufrimiento, que, de profundo que era, se habia vuelto agudo.

La desesperacion de Blanca crecia.

Miraba uno a uno a los compañeros de Tagaltahua.

Talvez buscaba un protector. ¿Pero encontraria un protector en medio de estos salvajes, embrutecidos por la ignorancia i la esclavitud?

Tagaltahua era el único que, durante los doce dias que la desgraciada jóven viajaba en su compañía, habia manifestado sentimientos de respeto i deferencia. Pero exasperado el indomable cacique por el recuerdo del martirio impuesto a su padre, acababa de declarar buena presa a la jóven.

La situacion de nuestra heroína se hacia cada vez mas angustiosa.

Ella lo comprendia así.

El círculo de hierro en que la variable fortuna la colocara, se estrechaba cada vez mas.

Estaba declarada buena presa por un tribunal inapelable, como era Tagaltahua, e irresponsable todavía.

Por un tribunal que tenia todas las inmunidades.

La salvacion parecia imposible.

Tagaltahua, erijido en juez, habia dicho: "Nos vengaremos en la hija de las iniquidades del padre."

¿Quién contendria al feroz cacique despues de haber lanzado tal decreto?

Un juez revestido por sí mismo de tan elevado carácter, i sin responsabilidad alguna, es un juez mui peligroso.

Nunca es mas necesaria la responsabilidad, i cuanto mas inmediata, mejor que cuando se trata de repartir la justicia.

Si fuera posible, debia colocarse a los jueces bajo la espada de Damocles, pronta a caer sobre ellos al menor desvío.

Quizás por este medio se llegaria al bello ideal de la justicia ciega.

Puede que entónces no se viera, como desgraciadamente se ve hoi con dolorosa frecuencia, que esta austera divinidad llora a las puertas de los lugares que debian ser su mansion, como lloraban las bellas i desoladas hijas de Israel cuando se las desterraba de su patria.

Pero nos apartamos de nuestro objeto.

El amor a la justicia nos ha desviado a nuestro pesar.

Volvamos a Blanca, a quien hemos abandonado en los momentos en que su situacion se hacia mas crítica.

Olvidábamos decir que a la insinuacion de Tagaltahua para que trajesen el complemento obligado de toda fiesta entre los salvajes,—la espumosa chicha i el espirituoso aguardiente,—la mujer obedeció en el acto, trayendo un cántaro de barro lleno de chicha i otro de aguardiente.

La dueña de casa depositó su preciosa carga en medio de la concurrencia, la que se apresuró a llenar su vaso de asta, el mismo que ántes les habia servido para tomar el *ulpo*.

—¡Vamos! dijo Tagaltahua, empuñando el primero su cacho. ¡Vamos! ¡Arriba, muchachos! ¡A la salud de mi futura! . . .

Todos los concurrentes contestaron a la invitacion del cacique bebiendo de un sorbo sus sendos vasos, repitiéndose esta operacion durante toda la escena que vamos a describir, con pocas interrupciones.

Tagaltahua, en quien los vapores del licor principiaban ya a hacer su efecto, dijo al dueño de casa:

—¿Qué te parece mi novia, Manque? ¿No es verdad que es mui bonita? Con esa carita triste i seria, i tan calladita . . . vamos! si es un dije! . . . ¿Sabes que ahora recuerdo lo que me has dicho en vez pasada, que habia por aquí un monje o fraile? Si se pudiera encontrar ahora para que nos echase la bendicion, ¡qué bueno seria! Nos casariamos como cristianos, lo que agradaria a mi mujercita.

(Continuará.)

# LA BRISA DE CHILE.

Año I.

San Felipe, 6 de Febrero de 1876.

No. 7.

## SUMARIO.

“La Brisa de Chile,” por la Redaccion.—María, por Carlos A. Berro.—Brisa del norte, por Enriqueta Solar.—Una heroína sanfelipeña, por Indalicio 2.º Diaz.—A Manuela Espiñeira de Baeza, poesía, por Hortencia Bustamante de Baeza.—Folletín: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion).—Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

## “LA BRISA DE CHILE.”

(SU OBRA.)

Nuestro periódico ha entrado en el segundo mes de su publicacion; ha dado el primer paso en la senda de las letras, i al terminarlo cree de su deber decir a su público unas cuantas palabras, i dar las mas expresivas gracias a aquellas personas que se han servido ayudarlo i alentarle en su empresa.

Al tratar de llevar a cabo nuestra idea, hemos encontrado obstáculos invencibles en el camino que felizmente hemos vencido, i no nos han arredrado las decepciones que se nos han presentado a cada paso. Puesto que vamos en pos de un fin, lucharemos con valor hasta llegar al término de ese fin; i el primer paso lo hemos dado con acierto.

Podemos decir que el primer paso de LA BRISA DE CHILE ha sido feliz i que ha principiado a realizar el objeto de sus nobles propósitos.

Manifestamos aquí nuestro mas sincero agradecimiento hácia las numerosas señoras i señoritas que se han suscrito a nuestro periódico, i, confesamos con franqueza, no esperábamos del bello sexo una proteccion semejante; pero felizmente nos hemos engañado: en él es donde hemos encontrado mas entusiasmo, mas aliento.

Donde hemos encontrado una glacial indiferencia, ha sido en ese grupo de pretenciosos *dandys* que suponen saberlo todo i que solo saben las noticias del dia porque las oyen decir a otros, o las leen

en casa de algun amigo; pero que sí están al cabo del modo de ponerse la corbata, el guante i esperan con impaciencia el último figurin.

A las dignas señoritas colaboradoras i colaboradores, podemos decir: “Aquí tenemos vuestra obra, ella hablará por vosotros.”

Concluiremos estampando al fin de estas líneas uno de nuestros principales propósitos que estampamos en el primer número:

*Entramos con valor en nuestra tarea, emprenderemos con ahinco la cruzada, i nos esforzaremos por sostener nuestra publicacion a despecho de cuanto contratiempo i decepcion se nos presente.*

LA REDACCION.

## MARIA.

(Conclusion.)

Los mas encontrados sentimientos pintábanse en todos los rostros pálidos de ansiedad; en fin, fuese debilitando poco a poco el ruido del lejano cañoneo, que se apagó por fin para sucederle un silencio mas terrible, si cabe, que el estruendo mismo del combate.

Agrupados a la entrada del pueblo un gran número de personas, aguardaban el resultado de la batalla. Una nube de polvo se divisa al fin, algunos jinetes se presentan a escape. Sus facciones están demudadas; la rabia, la desesperacion i la vergüenza están pintados en ella. Cien bocas se abren al mismo tiempo para preguntarles por el éxito, i ellos, con una voz alterada por el despecho i la vergüenza, les contestan: Todo ha sido inútil; hemos sido vencidos; ocultaos, huid ántes que llegue el enemigo.

Un grito de dolor acoje aquellas palabras, ya nadie piensa sino en buscar su salvacion o en demandar en vano noticias de sus deudos o amigos.

El dia iba ya a perecer. El cielo, tan tranquilo momentos ántes, empezaba a cubrir esas negras nubes que levanta el viento del norte en el verano i que anuncia la horrible tempestad.

Recurre a la Virgen santa  
I Ella te dará consuelo,  
Pues eres buena i al cielo  
Tu plegaria subirá;

Ruégale te enjague el llanto,  
Con su mano santa i pía,  
I que vuelva la alegría  
En tu pecho a renacer;

Ruégale vuelva la calma  
A tu corazon herido,  
Por tu Manuel, que has perdido  
I que no puedes hallar....

Entónces oirás que María  
Te dice con dulce acento:  
"Contempla el cielo un momento  
I a tu hijo verás en él...."

Santiago, mayo 20 de 1874.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

—¿No es verdad? añadió volviéndose a Blanca i acercando tanto su cabeza a la de la jóven, que sus toscos labios casi tocaron la frente de ésta.

Blanca, de pálida que estaba, se tornó lívida.

Por un impulso enérgico e instintivo se paró del banco en que estaba sentada i retrocedió con espanto.

El cacique prorrumpió en una risa sardónica, a la que su embriaguez daba un tono tan horripilante, que Blanca principió a temblar como un débil árbol sacudido por el huracan.

—¡Já!... ¡Já!... ¡Já!... Creo que mi novia me tiene miedo, exclamó Tagaltahua, completamente trastornado por los vapores del aguardiente, que habia venido a reemplazar la chicha, ya agotada.—¡Vamos Manque! id a traer al fraile, id a traerlo aquí, ahora mismo, inmediatamente... ¿Oyes? ¡Quiero que ven- gal....

El acento con que Tagaltahua pronunció

las últimas palabras, era tan imperioso, que el dueño de casa, a quien el cacique daba el nombre de Manque, se paró como para obedecer, sin embargo de lo extraño del mandato, i salir a campo raso, en una noche oscura, lloviendo a cántaros, como suele decirse.

Tagaltahua, repitiendo siempre su orden con esa pertinacia obstinada de los borrachos, se paró, quizás para seguir hablando, pero no alcanzó a dar un paso. Cayó al suelo pesadamente.

La embriaguez del cacique habia llegado a su último término.

Un instante despues de la caída dormia profundamente.

Un poco mas tarde, toda la comitiva siguió el ejemplo de su jefe, quedando solo despiertos Manque i un otro moceton, cuya fisonomía mas intelijente que la de sus compañeros, tenia cierta expresion de curiosidad que la animaba desde que Tagaltahua habia hablado del fraile conocido de Manque.

Este último contemplaba el sueño de Tagaltahua con cierta satisfaccion, como quien escapa de un peligro; así es que apénas se cercioró de que el cacique no despertaria ya por esa noche, invitó al moceton para que le ayudase a colocarlo en un rincon del rancho, donde le arreglaron un lecho lo mejor que les fué posible.

Manque, interesado en que durmiera hasta el dia siguiente, lo rodeaba de todas las comodidades inajinables, para hacer duradero el casi letargo del cacique.

No habia querido, por nada de este mundo, oír a Tagaltahua repetir de nuevo la orden de traer al capuchino.

Tranquilos ya respecto al sueño de su jefe, Manque i el moceton volvieron a ocupar sus respectivos lugares.

Apénas restablecido el orden, este último dijo al primero:

—I dime, Manque, ¿qué hai en eso que te decia Tagaltahua, de que le fueses a traer un fraile; ¿era solo idea de borracho?

—Nó, contestó Manque. Es cierto que yo, yo mismo, he visto en mucha ocasiones, de noche, he visto, repito, un hombre con hábitos negros, la cabeza cubierta i zapatos de cuero, sujetos al pié con tiritas del mismo cuero. I no solo yo lo he visto; tambien lo han encontrado por el campo mi compadre José i mi compadre Antonio. Es conocido en todos los alrededores. Lo llaman el Ermitaño. Nadie lo ha oido hablar, ni nadie tampoco lo ha visto de dia. Algunos creen que es brujo i yo tambien lo creo. Al ménos no ha de ser cosa buena.

—¿Por qué? interrogó el moceton.

—Porque es español lo que se conoce en su cutis blanco i su pelo rubio. Camina con los ojos pegados al suelo, i tiene la cara mui triste, ni mas ni ménos que la señorita Blanca, agregó Manque, dirijiendo sus ojos hácia

la jóven, la que, desde el principio de este singular diálogo, escuchaba con creciente atención.

—¿Quién sabe si es un monje que hace penitencia! dijo el moceton. Yo le vería de buena gana. ¿Vamos a buscarle, Manque?

(Continuará.)

## REVISTA DE SAN FELIPE.

¡Salud, hermosas lectoras! Héme aquí, al fin, a vuestras órdenes. Por un ataque sufrido en mi salud, no habia tenido por tanto tiempo el placer de saludaros, como os lo habia anunciado mi querido amigo Luchito. Pero hoi, hoi lo hago con aquella alegría con que se saluda a una persona querida que no se ve por mucho tiempo. ¡Con que salud, mil veces salud, queridas lectoras!

\* \* \*

La semana que ha terminado nos ha proporcionado muchas noticias.

El miércoles desde temprano corrian rumores con insistencia de que en la sesion municipal que tendria lugar en la noche de ese dia, el honorable señor Castillo interpelaría al intendente sobre la conducta abservada por el tesorero municipal para con varios preceptores de instruccion primaria; a fuer de curiosos i de revisteros asistimos a aumentar la numerosa barra que habia en la borrascosa sesion de que nos ocupamos, i vimos la sala municipal convertida en el palenque de agresivas polémicas i de soeces i groseros insultos, desagradables acontecimientos que por todos estos dias han sido el tema obligado de las conversaciones.

Publicamos a continuacion la borrascosa sesion, para que por ella nuestros lectores puedan tener alguna idea de los incidentes de esa noche:

Enero 2 de 1876.—Se abrió la sesion, presidida por el intendente interino don José Antonio Luco, con asistencia del señor alcalde don Lindor Castillo, de sus rejidores don Juan Bruna, don Belisario Caldera, don Benjamin Collantes, don Abelino Figueroa, don David García, don Eufrasio Quiroz i don Manuel Jesus Robles, el secretario i el tesorero.

Leida i aprebadá el acta de la sesion anterior, el secretario dió cuenta de una sesion de la comision de alcaldes i del informe de la comision nombrada para examinar ciertos trabajos municipales.

### INTERPELACION.

*El señor Caldera.*—Pido la palabra para hacer al señor presidente una pregunta que espero de la amabilidad de su señoría me será contestada.

No se habla de otra cosa en la ciudad que de un incidente ocurrido ayer en la oficina del

tesorero municipal, en que son actores este funcionario de la corporacion i el preceptor de escuela señor Salazar.

Parece, segun la version mas autorizada, que el señor tesorero, por una negativa del señor Salazar a firmar cierta acta política, a lo que creo, arrojó a empellones i aun armado de una herramienta de marcar animales, a un digno empleado de la instruccion primaria, que acababa de recibir el sueldo en su oficina.

Si el hecho es cierto, tiene tal gravedad, que la ilustre corporacion no podría dejarlo pasar desapercibido sin desdoro de sus fueros.

Ruego a su señoría se sirva decirme lo que sepa sobre el particular, i dado caso de que el hecho sea verdadero, qué correctivo ha creido conveniente aplicar al reo del delito.

En la luz que arroje la contestacion de su señoría, hallaré base para someter una indicacion a la honorable sala.

*El señor Luco* (presidente).—Niego a su señoría el derecho de interpelarme sobre este asunto, que es meramente político. La Municipalidad no es un cuerpo deliberante: debe únicamente ocuparse de las mejoras locales...

*El señor Caldera.*—Por la propia dignidad de su señoría i por el respeto que debe a la Municipalidad, esperaba fuese otra la contestacion que me diese su señoría. ¿Es decir que la Municipalidad no tiene el derecho de vijilar la conducta funcionaria de sus empleados?

*El señor Luco* (presidente).—Nó, señor; aquí en la sala no debe ocuparse mas que de la localidad.

*El señor Caldera.*—¡Magnífica teoría!

*El señor Luco* (presidente).—Ud. quiere hacer de la Municipalidad un cuerpo político i yo no lo permitiré. Si la cuestion es criminal o administrativa ocurra Ud. a donde correspondá!

*El señor Caldera.*—Emplea su señoría una violencia tal de tono i de lenguaje, que parece hubiera venido preparado i prevenido de antemano para tratar de ese modo este gravísimo asunto.

*El señor Luco* (presidente).—Nó, señor, no vengo preparado.

*El señor Caldera.*—Espero, entónces, que su señoría tenga la amabilidad de escucharme.

*El señor Luco* (presidente).—Aunque no debiera tolerar que siguiese este asunto, por cortesía le permito a Ud. que hable.

*El señor Caldera.*—Es mui cortés su señoría. (*Risas*) Aunque me sea mui extraño, me veo en la necesidad de hacer aquí una pequeña clase de derecho, ya que parece que hai en este lugar alguien que lo desconoce por completo.

*El señor Luco* (presidente).—No existe el derecho...

*El señor Caldera.*—¿Suprime su señoría el



San Felipe, 12 de Febrero de 1876.

### EL SOL DE FEBRERO.

Hoi dia la historia de la República nos recuerda uno de los hechos mas gloriosos que prepararon nuestra emancipacion política, abre a nuestra vista una hermosa página del heróico libro de su vida. La batalla del 12 de febrero de 1817, dada en la cuesta de Chacabuco, es una gloria para Chile i especialmente para Aconcagua, pues fué dada en un sitio aconcagüino, i en ella murieron numerosos de nuestros hermanos de cuna, derramando su sangre por la libertad.

LA BRISA DE CHILE se hace un deber en celebrar i saludar a ese glorioso dia.

¡Sí! ¡Salud a ese sol que un dia iluminara los Andes, trayendo a nuestro suelo la gloria i libertad!

Nuestro corazon late de contento al saludar ese dia; nuestro corazon arde en llama inmensa del amor patrio.

¡Aconcagüinos! salud, mil veces salud a ese espléndido sol.

¡Lectoras! Si el sol de febrero alumbró un dia nuestra patria, para traernos libertad, que hoi dia el sol del progreso ilumine nuestro Chile, trayendo el grandioso lema de *Ilustracion de la mujer*.

MARÍA LUISA.

### EDELMIRA A.

Edelmira es el nombre de una niña,  
Mal digo, de una célica beldad,  
Que a este pálido erial de pena i riña  
Dios envió como un sol en su bondad.

Yo quisiera deciros como es ella,  
Como es su rostro dulce, sin igual;  
Pero ¿quién puede retratar la estrella,  
Quién puede hacer terreno lo inmortal?

Vosotros los que visteis en la altura  
Entre nubes la luna fulgurar,  
Allá cuando cansados de amargura  
Os ibais a la selva a suspirar.

Vosotros los que oisteis en la tarde  
Jemir la brisa en la enramada umbría,  
Los que oisteis cantar en blando alarde  
Al triste cisne en la ribera fria.

Yo quiero que admireis a mi querida,  
Que entoneis en alabanza con mi voz:  
Es mujer mas hermosa que la vida,  
La obra mas perfecta de mi Dios.

¿Visteis allá cuando en la mar tranquila  
Sobre verde cristal luce la luna,  
I el rayo nacarado que titila  
Parece al alma sonreir fortuna?

I talvez cae sobre el limpio espejo  
Una gota de espuma de la ola,  
Que va a turbar al astro su reflejo  
I luego muere entre las ondas solas.

¿Visteis entónces de sus ojos bellos  
Desprenderse un dulcísimo fulgor,  
I empañarse un instante esos destellos  
Por solitaria lágrima de amor?

¿Oisteis de la brisa que se aleja  
Entre las flores el fugaz rumor,

abierto que os mostrará sus secretos, sus encantos, sus armonías, apénas abrais los ojos.

¿Cuántas inteligencias se encuentran hondamente oscurecidas por la falta de cultivo, semejante a una piedra preciosa que no se conoce su valor hasta que no ha pasado por la mano del hábil lapidario? I ¿cuántas no pasan desapercibidas porque no se atreven a mostrar sus dotes naturales, ya por exajerada timidez, ya por escrupulosa modestia? Aprended de la modesta violeta que esparce su perfume a gran distancia apesar de ser tan pequeña flor. No os arredre, queridas compañeras, el temor a la crítica, que es natural sean vacilantes nuestros primeros pasos. Aprended, en fin, de mí que he tenido la osadía de escribir i dirigirme a inteligencias mui superiores a la mia.

MARÍA LUISA CERNA.

### Pensamientos a orillas del mar.

Sobre una roca, batida por las olas, contemplaba yo una tarde el Océano. Mil ideas en confusion se agrupaban a mi mente. Habria querido penetrar sus misterios, sondear sus abismos, afrontar sus tormentas.

¡Verne, jenio seductor! conducidme con la varilla mágica de vuestra ciencia portentosa, a ese mundo submarino que habeis visitado; llevadme a los reinos encantados de los cetáceos, los crustáceos, los moluseos, los zoofitos; mostradme sus magníficas ciudades, sus rios caudalosos, sus valles profundos, sus montañas escarpadas, sus volcanes en erupcion.

¡Oh, vasto océano! cuántas maravillas en tu seno se encierran; pero tambien, cuán traidoras son tus ondas.

¡Cuántos zafos obsecadas han hallado en tus aguas el castigo de su pasion insensata por Faones insensibles! ¡Cuántos argonautas, atrevidos, conquistadores del vellocino de oro, se han ido al fondo de tus abismos con sus naves i su tesoro! ¡Cuántos valientes guerreros han encontrado espantosa muerte en olas enrojecidas con su propia sangre!

Embebida en estas reflexiones no advierto que la marejada sube: el ruido creciente de las olas enfurecidas que se estrellan con ímpetu, levantando montañas de espumas, me sacan de mi abstraccion, me hacen perder el hilo de mis meditaciones i me obligan a ponerles término.

Entre tanto, el sol en su ocaso despide, a travez de la bruma que se extiende por el horizonte, sus últimos destellos pálidos, sin brillo, cuál las miradas del moribundo al hundirse en la eternidad.

Mañana, empero, se levantará por el oriente mas bello i radiante a cumplir su mision

eterna. ¿Volveré yo tambien a continuar mis reflexiones sobre la roca? No hai cosa mas efímera en la naturaleza que la existencia humana i nada puedo asegurar.

ENRIQUETA SOLAR.

### GRITOS DEL ALMA.

Los corazones sensibles, aspirantes al bien, amantes de todo lo bello, simpáticos a todos los infortunios, son por lo comun los mas combatidos por la tormentas de la vida. ¿Por qué el mio, destinado a sufrir el embate de rudas pruebas, no ha tenido mas fortaleza para resistirlas? ¡Ai! Mis penas han sido grandes, mi resistencia poca i ya me siento sucumbir.

Terribles tempestades se levantan en mi alma, i no diviso una estrella salvadora, no veo el iris de paz, nuncio de bonanza en las borrascas. No tengo siquiera lágrimas que alivien mi corazon saturado de amargura; seco está como el árbol herido por el rayo, cuya sávia ha sido agotada i las hojas consumidas por el fuego del cielo.

Como la roca expuesta al empuje de las olas, concluyo por ceder, se rompe i salta en mil pedazos: así mi corazon, a todo momento asediado por las oleadas del infortunio, al fin estallará.

¡Estalla, pues, triste corazon, muerto para el contento i vivo tan solo para el dolor! ¡Estalla, pobre corazon, que has sufrido un martirio prolongado, incesante, atroz! ¡Estalla, obsecado corazon, que aspiras a un bien imposible de alcanzar!

ENRIQUETA SOLAR.

### FOLLETIN.

## LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

—Déjate de bromas, contestó Manque; bebamos mejor, i olvídate del Ermitaño, que talvez sea el diablo. Nadie sabe de qué se mantiene. Jamas se le ha visto comprar nada para comer, ni se sabe dónde vive. Yo i mi compadre José hemos buscado muchísimo, de dia algun rancho por el lado donde él se pierde, que es como a dos leguas de aquí, i no hemos encontrado ni rastros de habitacion. Aquí

todos le tememos. Si es cosa buena ¿por qué se esconde?

—Tienes razon; pero de todos modos yo querría verlo.

I el moceton se puso de pié, fué a la puerta del rancho, la abrió i miró hácia afuera.

La noche era completamente oscura.

—Es imposible ver nada con esta noche, dijo volviendo a su asiento. Pienso como tú, Manque, que lo mejor será beber i dormir despues que acabemos este poquito de aguardiente. ¡Vamos, Manque! la mitad cada uno.

Los dos interlocutores se repartieron el tesoro, preparándose para saborearlo poco a poco, como buenos bebedores.

Miéntas tanto, Blanca, que se habia acercado de nuevo al lugar de la escena, no perdía una sola palabra de esta conversacion.

Habria querido hablar e interrogar a su vez a Manque sobre el misterioso Ermitaño; pero el temor de llamar hácia ella la atencion de los dos indios i distraerlos así de su tarea, la detenía.

Esta tarea era importante para nuestra heroína: esperaba que Manque i el moceton cayesen al fin, como sus compañeros, rendidos por el exceso de la bebida.

Entóces quedaria sola, es decir, libre. Libre, ¿para qué? Blanca no lo sabia aun claramente; pero el solo hecho de encontrarse por fin fuera de la opresion que ejercian sobre ella las miradas de sus infames raptos, ensanchaba su ánimo.

La mujer de manque dormia tambien.

La ansiedad i la esperanza coloreaban el bello semblante de la jóven.

Evidentemente presentia un salvador en el solitario de aquellas montañas, en el Ermitaño, como le llamaban al lugar. Su pensamiento, era indudable, estaba fijo en este misterioso habitante de las selvas.

Era español como ella, un motivo mas que la atraía.

Blanca no podia pensar como aquellas pobres jentes ignorantes i supersticiosas, por consecuencia, que aquel buen hombre fuese algo de sobrenatural. Tal pensamiento quimérico i absurdo no debia tener cabida en una mujer como la señorita de Mendoza.

El Ermitaño seria un sacerdote talvez que, arrebatado por un exajerado celo religioso, se habria retirado a la soledad i condenado al aislamiento para estar mas en contacto con la Divinidad, para elevar su espíritu a las sublimes rejiones de lo desconocido, sin trabas, desprendiéndolo del mundo, que lo estrecha i entorpece. . . .

Alguna de esas almas tiernas i calorosas que, enaltecidas por la fé, se apartan para consagrarse a la oracion . . .

Uno de esos corazones ardientes i cándidos que, abrasados por el fuego sagrado, se retiran para entregarse por completo a las castas delicias del amor divino. . . .

Uno de esos seres, en fin, que suspendidos entre la tierra i el cielo, su constante aspiracion, huyen del comun de los hombres i viven solo en Dios.

(Continuará.)

## REVISTA DE SAN FELIPE.

¡Qué hermosas son las noches de febrero, lectoras!

¡Qué agradables las brisas que las acarician!

¡Qué esplendente la luna que las ilumina!  
¡Por do quier vemos sonreír a la naturaleza que nos habla a cada paso i nos convida a amar!

Ora vemos a alguna tierna flor que tiembla de amor al contacto de la amorosa brisa, ora a alguna casta vírjen que jura a su amante un amor eterno, teniendo por testigo a la melancólica luna. Todas esas bellezas, ¿no es verdad, lectoras, que encantan, que fascinan?

Excusado me parece deciros que el jardin continúa siempre concurrido, i cada vez mas bellas las ninfas que lo adornan.

Recomendamos al público asista mañana al variado espectáculo que se nos presenta en nuestro coliseo. Tanto por lo variado de la funcion, cuanto porque contribuyen con ello a la realizacion de una obra que por tanto tiempo se trata de llevar a cabo.

VICENTILLO QUITAPESARES.

## AVISOS.

VENTA.—Por escritura hecha el 16 de junio de 1868, ante el escribano público que fué de esta ciudad, don Félix José Gonzalez, doña María del Cármen Bruna vendió a don Fernando Muñoz un sitio *ad corpus*, situado en la subdelegacion 12 de este departamento, a deslindes: por el norte, con terrenos de don Juan Diego Bruna; por el sur, con fundo de doña Felipa Bruna; por el oriente, calle de por medio con propiedad de don Juan Zoilo Alvarez; i por el poniente, con terrenos de la testamentaria de don José Toribio Jimenez.

San Felipe, enero 28 de 1876.

VENTA.—Por escritura hecha ante el escribano de los Andes, el 3 de abril de 1872, don José Santos Contreras vendió a don Fernando Muñoz un terreno situado en la subdelegacion 12 de este departamento, a deslindes: por el norte, con don Fernando Medina; al sur, con herederos de don Eduardo Alfaro; al oriente, con el comprador, calle de por medio; i al poniente, con testamentaria de don José Toribio Jimenez i otros.

San Felipe, enero 28 de 1876.

Imp. de "La Estrella de Chile."